

UN INSTANTE DE TI

DONDE EL TIEMPO NO PUEDE LLEGAR,
EL AMOR INSISTE...



JUDÁH VIVANCOS

Un instante de ti

**Donde el tiempo no puede
llegar, el amor insiste**

Judáh Vivancos

Primera edición: julio de 2026

© Copyright de la obra: Judáh Vivancos

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-992250-4-4

Código ISBN digital: 979-13-992250-5-1

Depósito legal: B 11409-2026

Corrección: Juan Carlos Martín

Maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Prólogo

Fui conocido como «El Inmortal», por todos aquellos que me vieron atravesar los siglos. He visto nacer y caer civilizaciones enteras. He amado a mujeres que creyeron en promesas que yo sabía imposibles, y he vivido tantas vidas, que a veces no recuerdo cuál fue la primera.

Sin embargo, hay algo que el tiempo no ha logrado borrar: tu sonrisa.

Me decías que estábamos hechos de lo mismo que las estrellas, y que, cuando todo terminase, volveríamos a ellas. También decías que aún nos quedaban millones de risas, cientos de miles de abrazos, que los besos era imposible contarlos y que, despertaríamos tantos amaneceres, que envejeceríamos juntos.

Yo... nunca envejecí.

Capítulo 1



Entre vinos y promesas

Colliure, Francia. 2019.

El aire de la costa huele a vino tinto y a mar. Las luces del puerto bailan sobre el agua, como si alguien las agitara desde el fondo.

—Pues entonces vente a Bogotá conmigo, pequeña —digo, jugando con el borde del vaso—. No, mejor a Medellín, me gusta más.

Sonríes. Esa sonrisa tuya... mitad misterio, mitad promesa.

—Te llevaré a cenar a un lugar que se llama *El Corralito*. Después buscaremos algún garito con banda en vivo. Cumbia, bachata... Y bailar. Me encantaría bailar contigo. Pero solo bailar ¿eh? Muy cerquita, sin besarnos. No hay que estropear un buen baile besándose, ¿no te parece?

Asientes sin decir palabra. Tu forma de asentir tiene algo que desarma. No es un «sí» ni un «no», es un «sigue hablando, quiero escucharte un poco más».

—Quizá, antes, podríamos pasear por las playas de Barranquilla

—añado un poco nervioso—. Dicen que su mar tiene sangre caliente, como su gente.

No respondes. Me miras absorta, distraída, como si mis palabras fueran olas rompiendo en la orilla. Pero tus ojos... tus ojos brillan.

Me río en silencio.

—Lo digo en serio —susurro—. Piénsalo: calor, palmeras y perdernos bailando.

Y entonces, por un instante, el mundo parece

detenerse. La brisa te despeina, y entre el ruido de las copas y las risas lejanas, algo en ti se vuelve inolvidable.

Aún no lo sé, pero esa noche estamos firmando el principio y el final de todo lo que soy.

Capítulo 2



La mujer que no eras tú

A bordo de la *Éveros*. Posible año 2667.

El zumbido constante de los reactores es lo único que recuerda que seguimos vivos.

El resto es silencio. Un silencio tan profundo, que parece absorber los pensamientos.

Estoy en la cubierta inferior, cuando Ed me avisa.

—Señor... hay una irregularidad en el módulo tres

No dice más. No hace falta: Ed jamás usa palabras innecesarias.

Camino por el pasillo, el metal bajo mis pasos emite un eco hueco, que se confunde con la vibración de la nave.

La compuerta se abre con un siseo. Dentro, el aire huele a ozono y a ese gel criogénico que usan los laboratorios de regeneración tisular. La luz azulada tiembla sobre una cápsula de cristal traslúcida. Dentro hay un cuerpo desnudo. Femenino. Inmóvil.

—Qué coj... —susurro hacia mis adentros, justo cuando llega Ed y su presencia me interrumpe—. Ed... ¿qué demonios es esto?

—Señor... déjeme...

Ed parece desconcertado, él tampoco parece estar informado. Hace un escaneo rápido de los códigos en la cápsula y proyecta un holograma delante de mí. Letras blancas flotan en el aire, acompañadas por un sello que me resulta insoportablemente familiar:

PROTOCOLO DE CARGA NO REGISTRADO

Proyecto: E.I.V.A.

Autorización: Doctor Cuatro

Clasificación: Confidencial

Siento la mandíbula tensarse.

—Cuatro, el muy cabrito... —susurro.

Ed escanea la cápsula con un haz de luz rápida, procesando datos en tiempo real. Su voz, normalmente imperturbable, ahora lleva un matiz de fascinación desconocido en él.

—E.I.V.A. Entidad Intuitiva de Vida Adaptativa — prosigue Ed—. Señor, esto es... extraordinario.

—¿Qué... cómo...? —digo confuso.

Ed parece fascinado, es la primera vez que le veo así y continúa sin escucharme:

—Detecto un pulso rítmico, similar al de un corazón orgánico. E.I.V.A. parece estar en un limbo entre dos mundos: no es una entidad sintética convencional como yo, puramente digital y predecible, pero tampoco es como usted, con sus limitaciones orgánicas impredecibles.

—Ed... para, para...

Pero Ed me interrumpe y sigue con más energía.

—Parece que el Doctor Cuatro ha descifrado el código para fusionar lo sintético con lo biológico en una simbiosis perfecta. ¡Es magnífico...! Una obra maestra de ingeniería. Imagine: células bioimpresas, que responden a impulsos neuronales artificiales, un sistema nervioso híbrido, que procesa emociones como datos cuánticos, pero con la capacidad de generar respuestas fisiológicas reales. ¡Es como si hubiera resuelto el enigma de la conciencia emergente, en un sustrato no binario!

Pierdo el hilo, me quedo paralizado, siento un nudo en el pecho, por un torbellino de recuerdos que nada tienen que ver con circuitos o ecuaciones. Para Ed, esto es un avance técnico, un jodido milagro de la ciencia, que deja sin palabras incluso a un ser sintético como él, pero para mí es un puñetazo en el alma. La similitud contigo me revuelve las tripas, no

por la tecnología, sino por el eco de lo que perdí.

Ed no para de hablar, me está sacando de quicio.

—¡Calla, Ed! Calla... —digo haciendo un gesto con la mano, intentando cortar su entusiasmo.

Pero Ed ignora mi orden, sus procesadores están claramente sobrecargados por la admiración. Continúa, casi extasiado:

—Es... es revolucionario, señor. Su viejo amigo el Doctor Cuatro debe haber integrado protocolos de biofusión a nivel molecular. ¡Podría redefinir la frontera entre vida y máquina! Parece haber creado algo que trasciende las leyes de la biológica, tal como las conocemos...

El contraste me golpea como una ola: él, flipando con el prodigio técnico, desobedeciendo mi orden por primera vez en su existencia programada, mientras yo me deshago por dentro, ahogado en los sentimientos que esa cosa despierta. Mi rabia crece, hasta que no puedo más.

—¡Cállate, Ed! —grito, mi voz resuena en la cabina como un trueno—. ¡Basta ya! Joder...

Ed se detiene al fin, el holograma que proyectaba parpadea ligeramente, como si procesara el impacto de mi ira. Respiro hondo, intentando recomponerme, pero el daño está hecho. Para romper el silencio, y quizá para recordarle a Ed que no todo se reduce a datos, me vuelvo hacia el panel principal de la nave.

—Éveros, muéstrale... espera... muéstrame un holograma de un fragmento de mi memoria. Vamos a mostrarla a ella —le pido a la IA de la nave.

Esta proyecta una imagen etérea en el aire: tú, sonriendo en uno de mis recuerdos más preciados. Tu sonrisa congelada en el tiempo, tus ojos brillantes bajo una luz que ya no existe. El holograma flota allí, inocente y cruel, y siento que el corazón se me parte de nuevo. Ver mi memoria plasmada delante de mis ojos me afecta aún más, como si el Doctor Cuatro hubiera diseñado esta tortura a medida.

—¿Lo ves Ed, lo ves? —digo señalando a una y a otra.

Ed me observa desde el panel de control. Y ahora sí,

parece entender la implicación emocional que esto tiene.

—¿Por qué le afecta tanto, señor?

El aire se me hace espeso. No sé si por la atmósfera reciclada o por los recuerdos.

—Porque no es ella. ¿Ves? No es ella —respondo.

—¿Ella...? —pregunta.

—¡Sí, Ed! Ella... joder, ella —le digo señalando al holograma de mi memoria.

Y si... dentro de la cápsula pareces tú, pero no lo eres... no lo es, y eso...

—Entonces... —interrumpe mi pensamiento Ed con su tono neutro, casi clínico, como si nada hubiera pasado—. ¿Desea que la expulse de la nave, señor?

Para él es algo lógico deshacerse de lo que quiera que sea eso.

—¿Qué? No, no —camino despacio alrededor de la cápsula—. Espera, no... espera.

Aún estoy intentando aclarar mi mente después del *shock*. El cristal empañado deja ver los contornos de su rostro, su cuerpo... La similitud contigo me resulta insoportable: el mismo cabello, el mismo arco de los labios, la misma curva en el cuello.

Silencio.

La nave sigue su rumbo, inexorable.

Ed mira la forma holográfica de ti, a mi lado, con ese aspecto impasible que imita humanidad, pero que nunca alcanza.

—Y dígame, señor. ¿Desea contarme quién fue? —pregunta finalmente.

Me apoyo en la barandilla mirándote, tu holograma flota sobre el suelo metálico.

Mis dedos, mitad carne, mitad biónicos, tiemblan con motivo.

—La primera vez que la vi... —empiezo, y mi voz suena como si saliera de otro siglo— ... casi me mata.

Ed inclina levemente la cabeza, registrando cada palabra.

—¿La primera vez?

Asiento, y dejo que la memoria haga lo que quiera conmigo. El metal, el frío, el vacío... se disuelven.

Todo vuelve a oler a mar.

El sonido grave de los motores de la nave se confunde con el rugido de un mar de otro tiempo.

El zumbido se transforma en oleaje.

La luz azul del criogel se convierte en la del atardecer sobre el agua. Ya no tengo el brazo biónico: ahora mis manos están sobre los remos de una barca vieja, de esas que aún olían a algas y sal.

Era el año 2018 cuando nos conocimos. Un año antes de que nos reencontrásemos y nos fuésemos a las cálidas playas de Barranquilla a bailar.

El sol se hundía lento sobre el horizonte. El viento se levantó y entonces ocurrió. Un impacto.

Las barcas chocaron sin aviso. Un golpe seco, madera contra madera, y tu libro cayó al agua. Te oí maldecir antes de verte.

—¡Eres idiota! —gritaste con el tono nervioso de quien no teme decir la verdad.

Tú estabas al otro lado del caos: tu cabello despeinado, tu expresión entre furiosa y sorprendida.

Y yo... yo no podía dejar de mirarte.

—Lo siento, no te he vi... —dije titubeando.

—¡Claro que no me has visto! ¡Deberías mirar por dónde vas!

El libro flotaba a tu lado, hinchándose de agua y rabia.

—Déjame ayudarte —te dije.

—¿Puedes reescribirlo? —me cortaste, desafiante—. No, ¿verdad? Pues entonces desaparece de mi vista.

«Vaya humor», pensé.

—Toma... —intenté darte uno de los remos que se habían caído al agua.

—¡Que no! ¡Que me dejes! Parguela... —gritaste.

Y aun así, mirándote como si no lo merecieses, te ayudé a recoger algunas de las

cosas que se habían caído al agua. Cuando te alejaste, despeinada y con el libro arruinado entre las manos, me descubrí sonriendo como un tonto.

Siempre me han atraído las tormentas con forma de mujer.

Volví al día siguiente a la librería con un ejemplar nuevo de tu libro. No por remordimiento, sino por una absurda necesidad de volver a verte. Tu carné de biblioteca había quedado empapado en el suelo de mi barca; fue mi única pista. La biblioteca era pequeña, con olor a madera vieja y polvo. No estabas. Me senté a esperar.

Pasaron las horas y el sol se coló entre las cortinas como un huésped discreto. Leí. Fingí leer. Te esperaba. No viniste.

Regresé al día siguiente. Tampoco apareciste. La tercera tarde, una mujer mayor se me acercó.

—Disculpe, joven, cerramos.

—Sí, claro. Lo siento.

Su voz tenía ese timbre amable de quienes ya han visto demasiadas historias repetirse.

—Disculpe que me entrometa. Pero no he podido evitar notar sus incesantes visitas —dijo amablemente la mujer, acercándose con paso pausado—. Llevo demasiados años en este lugar, como para no saber distinguir quién viene a admirar los libros... y quién viene a buscar a alguien —sonrió con dulzura.

—¿Qué... cómo sabe...? —pregunté incrédulo.

—Oh... la experiencia es sabia, muchacho.

—¡Quizá usted conozca a la persona que busco! —dije aferrándome a una esperanza absurda.

—Me encantaría poder ayudarle, joven.

—Ella es... —hice una pausa; no tenía muchos datos que pudieran identificarte—. Es diferente. Independiente. No sigue la corriente.

Y leer... le encanta leer.

Sonreí sin querer al recordarte.

—Ah, y tiene un pronto... Ni se le ocurra molestarla cuando se sumerge en uno de sus libros, que si no... —bajé la mirada, riendo para mí mismo—. Se la veía tan cómoda, allí, en medio de aquella bahía...

Por un momento olvidé que no estaba solo. La anciana me observaba con atención, con esa mirada que mezcla ternura y melancolía.

—¿Sabes algo, joven? —dijo tras unos segundos de silencio—. Permíteme tutearte.

Negué con la cabeza, y ella continuó:

—Siento decirte que no conozco a la chica que describes. Por desgracia, no siempre se puede conocer a alguien por los libros que lee... pero sí, si lo miras con el corazón. Y por lo que cuentan tus ojos cuando hablas de ella... —su voz se quebró ligeramente—. En fin, muchacho. Espero que la encuentres y que tu esfuerzo no sea en vano.

—¿Le importa si vuelvo mañana? —pregunté con un hilo de voz.

—Será un placer volver a verte por aquí.

Y me dedicó una de esas sonrisas que solo dan los años, mitad consuelo, mitad despedida.

Volví una última vez y esa noche desistí, pero dejé el libro sobre la mesa, con una nota entre las páginas: «Lo intenté... ¿Sabes...? Me hubiera gustado poder... Lo siento». Salí sin mirar atrás. Pero el silencio de aquella biblioteca siguió persiguiéndome.

A veces pienso que el destino no nos une cuando queremos, sino cuando estamos preparados para entender por qué.

El sonido del mar se apaga.

Vuelve el zumbido grave de la *Éveros*. El cristal vuelve a ser frío, azul.

La nave sigue proyectando tu silueta junto a

mí, traslúcida, incorruptible.

—Entonces... ¿Desea que la expulse de la nave, señor? —repite Ed.

Lo miro. Siento un nudo en el pecho: una presión muda, como si el aire no bastara.

Una mezcla de ira contenida, ternura y esa resignación que solo llega cuando el pasado se niega a morir.

Vuelvo la vista hacia E.I.V.A., dormida en la cápsula. Sus facciones son un espejo cruel del pasado.

—No lo entiendes, Ed... —mi voz se quiebra—. No es ella, pero... maldito Cuatro... —me paso una mano por el cabello, intentando recomponerme—. Cuatro, mi supuesto amigo... ese cabrito nunca dejó de sorprenderme, incluso aún después de su muerte.

—Si le sirve de consuelo, señor, yo tampoco entiendo el 34 % de las decisiones emocionales humanas. Y, sin embargo, aquí estoy... intentando.

Lo miro.

El zumbido de la *Éveros* se vuelve un rumor lejano, casi un suspiro. Pienso en todo lo que quedó atrás: los días de sol, los cuerpos que se fueron, las promesas que nunca debí hacer.

Y, sin embargo, frente a esa perfecta réplica inmóvil, siento que algo en mí sigue vivo, aunque sea lo que más me duele.

Observo su rostro dentro de la cápsula. No eres tú. No puedes serlo.

Y aun así, cada célula de mi cuerpo grita que sí lo es.

—Quizá esta sea la verdadera inmortalidad —murmuro—: seguir sintiendo lo que ya no existe. ¿Qué me has hecho, Cuatro?

Ed no responde. No hace falta. En su silencio, me reconozco. Somos dos formas distintas de memoria. Él, una perfecta máquina sin pasado.

Yo, un hombre que daría siglos enteros por olvidar un solo rostro. Mi reflejo se superpone al de E.I.V.A. en el cristal.

Por un instante no distingo quién de los dos está atrapado. Si ella, encerrada en la cápsula, o yo, dentro de mi memoria.

—No la expulses, Ed —digo al fin, con tono derrotado—. No lo hagas. No se expulsa un fantasma. Se aprende a convivir con él.

—Entendido —responde Ed—. Añadiendo nueva categoría al registro: *Protocolo emocional humano n° 32: Convivir con fantasmas*. No está mal para ser un martes, señor.

Y mientras el reactor brama insaciable, entiendo que mi condena no es vivir para siempre, sino no poder dejar de amar aquello que ya no existe.

Acerca del autor



Judáh Vivancos, nacido en Barcelona, es cofundador del grupo artístico internacional Los Vivancos, con el que ha viajado por más de cuarenta países y consolidado una de las propuestas escénicas españolas de mayor proyección global. A su experiencia como creador, intérprete y director artístico suma una amplia trayectoria en gestión cultural y producción.

Estudioso de disciplinas físicas y creativas, tras años de trabajo escénico se adentra ahora en la narrativa con su primera novela *Un instante de ti*.